

De población a pueblo: una transición difícil

From population to people: a difficult transition

FECHA DE RECEPCIÓN: 3 DE JUNIO DE 2025
ACEPTACIÓN: 15 DE JULIO DE 2025

Massimo Livi Bacci^a

Palabras clave

Población
Pueblo
Migración
Minorías
Demografía social

Resumen

El presente artículo invita a una breve reflexión sobre la transición de una “población” —conjunto genérico de habitantes de un territorio— hacia un “pueblo”, entendido como grupo que transmite de generación en generación una cultura compartida de normas, valores, lengua y tradiciones. Esta distinción plantea la pregunta central: ¿qué factores facilitan o dificultan que una población se convierta en pueblo? El análisis examina cómo este proceso, tanto en contextos antiguos como modernos, da lugar a nuevas minorías dentro de sociedades ya establecidas y relativamente cohesionadas, cuestionando la posibilidad de aceptación mutua entre migrantes y nativos y la superación de la dicotomía entre inclusión y rechazo. Desde una perspectiva acotada, es posible identificar ciertos aspectos de las migraciones que resultan relevantes para comprender la transformación de “poblaciones” en “pueblo”, con la ventaja de permitir una “métrica” de los fenómenos. Cabe señalar que, en general, las variables demográficas tienen un papel accesorio a la hora de determinar la “distancia” o el grado de aceptación de los grupos inmigrantes por parte de la sociedad receptora.

Abstract

This article invites a succinct reflection on the transition from a ‘population’—a generic group of inhabitants of a territory—to a ‘people’s community’—understood as a group that transmits a shared culture of norms, values, language and traditions from generation to generation. This distinction raises the central question: what factors facilitate or hinder a population’s transformation into a people’s community? The analysis examines how this process, in both ancient and modern contexts, gives rise to new minorities within already established and relatively cohesive societies, questioning the possibility of mutual acceptance between migrants and natives and the overcoming of the dichotomy between inclusion and rejection. From a limited perspective, it is possible to identify certain aspects of migration that are relevant to understanding the transformation of “populations” into “people’s community”, with the advantage of allowing for a “metric” of the events. It should be noted that, in general, demographic variables play a secondary role in determining the “distance” or degree of acceptance of immigrant groups by the receptor society.

Key words

Population
people’s community
Migration
Minorities
Social demography



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento - Compartir Igual 4.0 Internacional
©Massimo Livi Bacci.
a Universidad de Florencia, massimo.livibacci@unifi.it

En un reciente congreso¹ me invitaron a reflexionar sobre la transición de las colectividades humanas convivientes — es decir co-presentes, pero no cohesionadas. Lo que podría identificarse con los conceptos de “población” y de “pueblo”. Esto implica plantearse cuáles son los factores que facilitan convertir una “población” en un “pueblo” o los obstáculos que se interponen en su camino. Es un asunto que abordo con aprensión y cautela. En efecto, ¿en qué consiste la diferencia entre ambos términos, el que describe el estado de partida —la población— y el que define el estado de llegada, el “pueblo”? Confío en que sociólogos, juristas, historiadores y psicólogos puedan aclarar, mucho mejor de lo que yo pueda, el significado de estas dos nociones. Para facilitar mi exposición, definiré “población” como el conjunto genérico de personas que habitan un determinado territorio; en cambio, “pueblo” es aquel grupo que se esfuerza por transmitir, de generación en generación —con los ajustes que exige el curso de la historia— su propia cultura, compuesta de normas, lengua, valores y tradiciones. Población y pueblo pueden incluso coincidir en el proceso ideal de transición, tal como sugirieron (y, creo, desearon) los organizadores del congreso.

La movilidad es una prerrogativa humana adscrita a nuestra naturaleza biológica y social; es un atributo que ha impulsado la dispersión de la humanidad por el planeta, así como la coexistencia y copresencia (además de la conflictividad) de grupos y colectividades con historias y experiencias diversas. No puedo resistir la tentación de releer este magnífico pasaje extraído de la epístola que Séneca escribió durante su exilio en Córcega, dirigida a su madre Elvia:

«¿Qué significan las ciudades griegas situadas en pleno territorio bárbaro? ¿Y el dialecto macedonio que se habla en India y Persia? La Escitia, en toda su vasta extensión de gentes primitivas e indómitas, ostenta ciudades aqueas erigidas en las márgenes del Ponto... En Asia, hay una verdadera multitud de atenienses; Mileto se ha esparcido, en diversas direcciones, a los habitantes de setenta y cinco ciudades [...]. Asia reclama como suyos a los etruscos, los habitantes de Tiro se han asentado en África, los cartagineses en España, los griegos han penetrado en la Galia y los galos en Grecia, los Pirineos no impidieron a los germanos atravesarlos.»

Y añade:

«La peregrinación de la especie humana es ininterrumpida. En un mundo tan vasto, cada día algo cambia: se establecen los cimientos de nuevas ciudades, surgen nuevas denominaciones de pueblos, porque los nombres antiguos o se extinguen o son absorbidos por la aparición de una población más fuerte.»

De aquí surge una pregunta fundamental: ¿en qué medida, de qué manera y con qué consecuencias este peregrinar —antiguo o moderno— conforma nuevos grupos (minorías) en sociedades asentadas y relativamente cohesionadas? ¿Existe una aceptación y un reconocimiento mutuos entre migrantes y nativos? ¿Es posible evitar, sortear, moderar o superar la dicotomía entre aceptación y rechazo? Estas interrogantes resultan

1 “Il popolo del futuro”, 7-8 de noviembre 2024, Dipartimento di Sociologia e Ricerca Sociale, Università di Trento

cruciales para comprender mejor un mundo en el que es constante “el peregrinar de la especie humana”, que ha generado la dispersión de la humanidad por el planeta, superposiciones y mestizajes entre pueblos, y con frecuencia tensiones y conflictos. En muchas ocasiones estos se han recompuesto, pero a veces perduran, incluso de manera latente, y pueden reavivarse, como ha ocurrido en Europa, donde los conflictos han resurgido en los últimos dos siglos.

Un breve recordatorio histórico puede ser útil. En las décadas previas a la Gran Guerra, se intensificó el impulso nacionalista; se generalizó la identificación entre Estado y nación, que en sus expresiones más radicales implicó la superposición de nación y grupo étnico dominante. Estos procesos condujeron a la disgregación de los imperios austrohúngaro y otomano —consagrada en los tratados de paz— y al surgimiento de nuevas entidades estatales en la parte europea del Imperio ruso. Una disgregación que se ha interpretado como consecuencia de la transición del imperio multiétnico al Estado nacional, ocurrida en una era de creciente nacionalismo.

La Conferencia de París y los tratados de paz posteriores, inspirados también por el principio de autodeterminación propugnada por Wilson, modificaron el mapa geográfico de la Europa centro oriental en un intento de redibujar las fronteras estatales conforme a criterios étnicos. Sin embargo, la diáspora germánica y las migraciones de otros pueblos convertían esta operación de “recorte y reconfiguración” en algo muy aproximativo. Además, en la perspectiva de las potencias vencedoras, el principio de autodeterminación chocaba con el propósito de debilitar a Alemania y su capacidad de atracción hacia las minorías alemanas de la antigua diáspora. En este contexto, los intercambios poblacionales y las migraciones más o menos forzadas de posguerra abrieron el camino a operaciones de limpieza étnica y yendo más allá, al genocidio.

Los conflictos y las guerras, que tras el trauma de la guerra mundial parecían haber quedado adormecidos y se mantuvieron bajo control en el mundo bipolar durante el medio siglo siguiente, han resurgido con virulencia en las últimas décadas. En gran parte, si no de modo predominante, se trata de enfrentamientos que se reactivan a lo largo de fronteras étnico-culturales-religiosas, prueba de que ese mundo, cada vez más interconectado y globalizado, está surcado por líneas de fractura, a menudo centenarias, a lo largo de las cuales se abren profundas grietas cuando no existen instituciones nacionales o internacionales sólidas que las contengan. Soy consciente de que abordar el tema de las identidades “étnico-religiosas” exigiría un nivel de profundidad del que no dispongo. Sin embargo, limitándonos a Europa, no se puede pasar por alto el origen étnico-cultural-religioso de los conflictos entre católicos y protestantes en Irlanda del Norte, entre vascos y no vascos en España; entre croatas católicos, serbios ortodoxos y bosnios musulmanes durante las guerras yugoslavas; entre chechenos y rusos en las dos guerras de Chechenia; o entre albaneses y serbios en Kosovo. En otros lugares, la solidez de las instituciones ha evitado que los conflictos se agraven (Italia y Austria en el caso del Tirol del Sur-Alto Adigio; valones y flamencos en Bélgica; autonomistas corsos y Francia metropolitana; catalanes independentistas y centralistas en España).

Fuera de Europa, las líneas de fractura étnico-religiosas son aún más profundas: entre chiíes y suníes en el mundo musulmán, o entre los kurdos y los Estados mayoritariamente musulmanes en los que constituyen minoría. O bien entre hindúes y musulmanes en el subcontinente indio, entre cristianos maronitas y musulmanes en el Líbano, entre judíos y musulmanes en Palestina, entre budistas y rohingya musulmanes en Birmania. Este catálogo podría extenderse y profundizarse, desvelando los complejos motivos de conflicto que aquí se han presentado de modo simplificado como diferencias cultural-religiosas, pero que sin duda constituyen factores clave en la fragilidad de nuestro mundo.

Estos ejemplos ponen de manifiesto que los enfrentamientos entre grupos suelen tener raíces muy antiguas y que el discurrir de la historia no siempre logra mitigarlos. Las poblaciones pueden convivir en un mismo espacio geográfico y político sin convertirse en un pueblo. Por ello, no debe sorprender que, en nuestros días, muchas comunidades de inmigrantes conserven durante largo tiempo rasgos distintivos que las separan de la población de acogida y las hacen percibir como ajenas. Corresponde, pues, a quienes estudian estos fenómenos comprender los mecanismos que facilitan o dificultan la transición de “población” a “pueblo”. Aunque hemos examinado casos de conflictos profundos —fundamentalmente a lo largo de fracturas étnico-religiosas—, no podemos olvidar que la historia ofrece numerosos ejemplos, también en la actualidad, de grupos diversos que logran transitar de manera equilibrada hacia la condición de pueblo, caracterizada por un reconocimiento mutuo de pertenencia común.

Cabe mencionar que en la actualidad la migración es un proceso masivo: según datos de las Naciones Unidas, en el mundo residen 300 millones de personas nacidas en un país distinto al de su nacimiento, una cifra que apenas refleja la magnitud real del fenómeno. En los países ricos —o más desarrollados—, la población migrante representa el 13 % del total (uno de cada ocho habitantes), cifra que triplica la registrada medio siglo antes. Cada año, entre 5 y 6 millones de personas, en su mayoría procedentes del Sur global, llegan a un país rico del Norte global con la intención, cuando no de echar raíces definitivas, al menos de permanecer durante largo tiempo. A pesar de las políticas más restrictivas que aplican un número creciente de estados, cabe prever que los flujos migratorios continuarán en aumento.

Desde la óptica de los contactos humanos, el mundo se halla cada vez más integrado: casi todos los habitantes de la Tierra están conectados virtualmente a través de las redes sociales; la movilidad internacional de corto plazo se intensifica gracias a múltiples factores —económicos, afectivos y familiares, académicos y de investigación, de cooperación, viajes y turismo, y, tristemente, motivos de seguridad y militares. Un planeta entrelazado por una red cada vez más densa de relaciones humanas —tanto virtuales como físicas— está destinado, a largo plazo, a generar nuevos flujos migratorios, en buena medida de carácter permanente, y a emprender los complejos caminos que conducen a transformarlos en “pueblo”.

¿CUÁLES SON LOS FACTORES QUE FACILITAN Y CUÁLES OBSTACULIZAN LA TRANSICIÓN DE “POBLACIÓN” A “PUEBLO”?

Supongo que los organizadores de este congreso me han invitado a intervenir en mi calidad de investigador en demografía y dinámicas poblacionales. Desde esta perspectiva acotada, es posible identificar ciertos aspectos de las migraciones que resultan relevantes para comprender el proceso de transformación de “poblaciones” en “pueblo”, con la ventaja de permitir una “métrica” de los fenómenos. Adelanto que las variables demográficas juegan, en general, un papel accesorio a la hora de determinar la “distancia” o el grado de aceptación de los grupos inmigrantes por parte de la sociedad receptora. Simplificando un tema muy complejo, me limito a proponer una clasificación inicial y elemental.

- *Volumen de flujos y stock de migrantes* en relación con el tamaño de la población receptora. Tradicionalmente se han buscado umbrales más allá de los cuales el tamaño de los flujos o del stock migratorio dificulta la integración o supera la “tolerancia” a la inmigración. Sin embargo, resulta evidente que esos umbrales no pueden definirse sin considerar múltiples factores variables. Por ejemplo, históricamente las migraciones “internacionales intra-continetales” en la América ibérica fueron relativamente libres y bien vistas, debido a las afinidades culturales, religiosas y lingüísticas. Sin embargo, cuando estos movimientos adquirieron un carácter masivo —como la emigración de venezolanos a Colombia, Ecuador, Perú y Brasil, o de centroamericanos a México— surgieron hostilidades e intolerancias que llevaron rápidamente a imponer frenos y barreras.
- *Tiempo o velocidad de la inmigración*. Para un grupo dado de migrantes, la gradualidad del proceso suele favorecer la cohesión con la población local, en contraste con oleadas concentradas en períodos breves. Si la llegada se diluye en el tiempo, hay más oportunidades de mutuo conocimiento y aceptación.
- *Estructura demográfica*, especialmente la composición por núcleo familiar y por sexo/género, que suele condicionar las formas de interacción, integración y convivencia. La inmigración familiar puede reforzar actitudes defensivas o de cierre identitario; en cambio, la llegada predominante de personas solas tiende a exigir apertura, relaciones interpersonales y uniones mixtas.
- *Los modelos familiares*, con raíces históricas profundas y de lenta modificación: criterios de elección de pareja, grado de subordinación de la mujer y su posible aislamiento en el ámbito doméstico.
- *Modalidades de asentamiento*: disperso o concentrado, urbano o rural; segregación residencial; distancia al país de origen e intensidad y frecuencia de las relaciones con este.

Como he señalado, estos factores demográficos no son los que más obstaculizan la transición de “población” a “pueblo”. Existen factores de calado más profundo cuya in-

fluencia resulta decisiva. A continuación, propongo una ejemplificación resumida:

- *Factores jurídicos*: las normativas que regulan el paso del inmigrante de huésped (legal o irregular) a ciudadano. Hasta no hace mucho, en diversas regiones del mundo (tanto en América del Norte como Sudamérica) la mera residencia en un territorio se consideraba *de facto* un acceso a la ciudadanía. Hoy, incluso para quienes llegan legalmente, el itinerario para obtener la nacionalidad es largo y repleto de requisitos (formación, profesión, edad, situación familiar, etc.) que se han vuelto más estrictos en este siglo. En Italia y en muchos otros países, se debate sobre el “tiempo” requerido entre la llegada regular y la concesión de la ciudadanía —dos, tres, cinco o diez años— como si se tratase de la crianza del vinagre balsámico de Módena o la maduración del parmesano.
- *Factores ligados al desarrollo económico*: las variaciones en el nivel de bienestar inciden en el grado de aceptación del inmigrante por parte de la sociedad receptora. Los barómetros sociales muestran una fuerte correlación entre coyuntura económica y percepción de los extranjeros. Más aún, la dinámica misma de la sociedad de acogida importa: las sociedades en fuerte expansión asimilan con rapidez a los recién llegados —los italianos se hicieron argentinos, brasileños, canadienses, estadounidenses o australianos en pocos años—, mientras que las sociedades estancadas o en declive metabolizan más lentamente y ofrecen un terreno fértil a la hostilidad.
- *Factores culturales, valores y normas sociales*: aquellos rasgos poco susceptibles de cambio o modificables con extrema lentitud, que marcan distancias entre grupos: religión, lengua —marcador muy fuerte de diferencia en la primera generación, a veces también en la segunda— y aspectos de la organización familiar (subordinación femenina, pautas matrimoniales). Como recordaba Muhammad Ali Jinnah, “padre fundador de Pakistán”, en los años cuarenta: “hinduistas y musulmanes pertenecen a dos filosofías religiosas, costumbres sociales y tradiciones literarias distintas. No se casan entre sí ni comen juntos; en verdad forman dos civilizaciones basadas en ideas y concepciones contrapuestas”. Cabe mencionar asimismo comunidades muy cohesionadas, decididas a preservar su identidad y a impermeabilizarse frente a influencias externas, como ciertos grupos cristianos reformados (menonitas, amish) u ortodoxos judíos (haredim), aunque suelen ser muy reducidos.
- *Factores étnico-físicos-antropológicos*: marcadores visibles (color de piel, rasgos fenotípicos) que disuaden la integración y alimentan estereotipos discriminatorios. No obstante, esos obstáculos pueden superarse. En Estados Unidos, la sentencia *Loving vs. Virginia* de 1967 declaró legal el matrimonio interracial en todos los estados; en aquel entonces representaba apenas el 3 % del total, frente al casi 20 % de hoy.
- *Factores históricos*: los conflictos y las guerras, especialmente con ocupaciones militares, radicalizan diferencias que perduran generaciones. Ejemplos claros son

las tensiones entre griegos y turcos, rusos y alemanes, japoneses y coreanos, o entre víctimas y perpetradores de genocidios, donde los traumas se transmiten y refuerzan a lo largo del tiempo.

- *El factor “desposesión”*: real o temida, genera recelo y hostilidad. El temor a que los inmigrantes acaparen recursos —tierras, derechos sociales, plazas escolares y hospitalarias, acceso al transporte público— ha alimentado conflictos desde la Roma republicana, cuando la asignación de tierras a veteranos provocó odios profundos, hasta las actuales disputas en Palestina.

Estas seis categorías no son excluyentes: se superponen e interactúan y constituyen apenas un marco provisional para estimular el debate y posibles profundizaciones.

Diseminados a lo largo del difícil trayecto que lleva de un simple conjunto de co-residentes —una población— a un “pueblo” cohesionado, existen obstáculos de toda índole y complejidad. Muchos de ellos son inabordables o escapan a la acción directa. Otros, en cambio, pueden mitigarse a través de normativas razonables, políticas sociales sensatas y un desarrollo equilibrado. Pero, por encima de todo, debe primar una voluntad política compartida que promueva en el colectivo inmigrado un sentimiento laico de participación, titularidad y pertenencia al país que lo acoge. Solo así, con el respaldo de instituciones sólidas, una población puede llegar a convertirse, gradualmente, en pueblo.